

AUSTIN TAPPAN WRIGHT

ISLANDIS

El cónsul americano



UN OBRA MAESTRA DE LA UTOPIA
INÉDITA EN ESPAÑOL



ISLANDIS

El cónsul americano

COLECCIÓN
LITERADURA

Austin Tappan Wright

ISLANDIS
El cónsul americano

Traducción e introducción de Goran G. Gallarza

Ilustraciones de Carmine Lampitelli



Primera edición: mayo de 2022

Título original: *Islandia*, 1942

© Austin Tappan Wright Successors, 2022

© de la traducción y de la introducción: Goran G. Gallarza, 2022

© de la ilustraciones: Carmine Lampitelli, 2022

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2022

c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)

www.funambulista.net

IBIC: FC

ISBN: 978-84-125219-0-0

Dep. Legal: M-13206-2022

Maquetación de interiores y cubierta: © Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Cartografía islandiana*

Producción gráfica: Safekat

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

CREAR UN MUNDO (introducción)

¿QUÉ LLEVA A ALGUIEN a crear un mundo? ¿Qué lleva a algunos autores a desdeñar este escenario en el que nos hallamos, llamado realidad, en pos de uno nuevo? ¿Por qué necesitaría alguien de una nueva realidad para contar una historia? Estos son los temas que pocos se plantean a la hora de analizar las ficciones fantásticas, hasta tal punto que, como tal, dicho recurso literario nunca ha sido definido con precisión.

Toda obra literaria requiere de un escenario en el que desarrollar su acción, pero, cuando el peso del escenario comienza a eclipsar la propia acción, sabemos que estamos ante algo más que una mera historia.

¿Qué es, pues, *Islandis*? Responder a esa pregunta supone plantear una serie de interrogantes, comenzando por la propia personalidad del autor.

Austin Tappan Wright nació el 20 de agosto de 1883 en Nuevo Hampshire. Su padre, John Henry Wright fue uno de los intelectuales más importantes de su generación en Estados Unidos; su madre, Mary Tappan Wright, a su vez era una novelista de renombre, y su hermano, John Kirtland Wright, un conocido cartógrafo. Su linaje se remonta a la era colonial y cuenta con varias figuras que influyeron en la historia de su país, como senadores o bien como notorios abolicionistas.

Wright entró en Harvard en 1901, graduándose en 1905. En 1906, accedió a la Escuela de Derecho de Harvard, interrumpiendo sus estudios para pasar un año en la Universidad de Oxford y finalmente completar sus estudios con honores en 1908.

Durante su vida profesional, fue un brillante jurista y profesor de Derecho, especializándose en temas de Derecho Marítimo, hecho que podría deberse a su gran pasión por la navegación, o puede que esta se debiera a lo primero.

Falleció en 1931, a los cuarenta y ocho, en un trágico accidente de coche, dejando esposa y cuatro hijos.

Viendo su existencia, cabe aventurar que, pese a su brillante carrera y a su condición intelectual y académica, el autor aparentaba ser una persona de lo más convencional con una vida a juego. Esta aparente convencionalidad debió de desmoronarse a ojos de su familia, cuando, tras su muerte, esta dio con los tres mil folios de manuscritos de la obra

completa de *Islandis*, una obra que había estado escribiendo en secreto desde su adolescencia.

Esa ingente masa manuscrita —hoy depositada en la biblioteca de la Universidad de Harvard— incluía tratados sobre la historia de Islandis, su geografía y geología, su literatura, su idioma y su cultura.

Ya de niño, Wright había trazado los primeros esbozos de Islandis, por lo que puede decirse, con propiedad, que dedicó su vida entera al proyecto literario. Pero —y he ahí la segunda singularidad— lo hizo sin que nadie lo supiera: la extensa necrológica que le dedicó la *University of Pennsylvania Law Review* detalla su carrera profesional y académica, pero no hace mención alguna a esta labor, si bien, al referirse a la amplísima biblioteca del difunto, se pregunta si Wright quizá estuviera preparándose para alguna publicación de índole literaria, y ello «de surgir la oportunidad».

La pregunta es: ¿es posible que no surgiera tal oportunidad? Es evidente que, de haber querido, Wright, con mucha probabilidad, habría podido publicar *Islandis*, dados sus contactos en el medio intelectual. Tras su prematura muerte, nos queda la duda de por qué renunció a ello; pero no es descabellado concluir, habida cuenta de la colosal inmensidad de los manuscritos —y de la naturaleza de los mismos— que, en su estado prístino, *Islandis* no estaba destinado a ser publicado. En ese sentido, es importante resaltar que la obra

es una pieza que tallaron su mujer y su hija a partir de ese inmenso bloque de ideas y de texto: *Islandis* —el libro— es la consecuencia de un proyecto mucho más amplio, de naturaleza no del todo estrictamente literaria.

Sin embargo, las verdaderas intenciones de Wright supondrán para siempre un misterio. Nunca sabremos realmente cuáles fueron las motivaciones subyacentes a su creación, pero, dada la naturaleza de esta, puede antojarse que la creación de este mundo era mucho más que un mero pasatiempo. Así pues, volvemos inevitablemente a la pregunta inicial: ¿qué lleva a alguien a crear un mundo?

Para responderlo, y esclarecer los motivos de la creación de *Islandis* —como país—, es necesario comprender su naturaleza; porque, en lo referido a la geografía de *Islandis*, Wright, pese a la formidable cantidad de datos que acumula, se limita a recrear un país a partir de piezas ya existentes: su hidrografía y orografía, su agricultura y ganadería perfectamente podrían haberse dado en cualquier otra parte del mundo. Sin ser un lugar ajeno al resto del planeta —como sería el caso de *Las minas del rey Salomón*, de H. Rider Haggard o *El mundo perdido*, de Conan Doyle—, la creación de Wright está integrada, aunque sea tangencialmente, en el escenario geopolítico de principios del siglo xx, donde las ambiciones de Inglaterra y Francia, las viejas superpotencias, se topan con las de EE. UU. y Alemania, los nuevos grandes actores del momento. Pese a

las particularidades de dicho contexto, su peso en la trama es menor del que parece en primera instancia, pues el auténtico núcleo de la creación de Wright reside no tanto en el país como ente atado a un tiempo y a un lugar concretos, sino en un pueblo, el pueblo islandiano.

Las características de la sociedad y de la cultura islandianas se detallaron en la colosal «enciclopedia» que conformaba el conjunto de los textos de la obra completa de *Islandis*. Aquellas giran en torno a la unidad familiar, tanto en el sentido literal de la definición de unidad —como propiedad de todo ser, en virtud de la cual no puede dividirse sin que su esencia se destruya o altere— como en el sentido de la unión comunitaria. Esta unión familiar se emplea como un vehículo para la perpetuación de dichas sociedad y cultura en el tiempo. Esta unidad familiar se complementa con un profundo arraigo agrario, que da pie a una pragmática sencillez, la cual, a su vez, libera al pueblo islandiano de casi toda incertidumbre existencial.

Este es un pueblo que sabe en todo momento qué esperar del futuro, pues el ritmo de su vida es el mismo ritmo de la naturaleza, y sabe que le espera la misma suerte que la de sus ancestros. Es un pueblo que, por encima de todo, valora la constancia intergeneracional de sus granjas —llegando incluso a considerarlas como lienzos vivientes, obras de arte, en cuya perpetua elaboración colaboran la naturaleza y

las generaciones humanas—. Estos elementos proporcionan un claro entendimiento del alma humana, noción que, vista desde el ajetreado mundo estadounidense del protagonista, le resulta de lo más esquivia —a juzgar por las muestras de solipsismo en las que incurre John Lang durante las largas horas que pasa en el jardín de la azotea del consulado—. Por ello no es de extrañar el conflicto que atañe al país, o sea el debate entre proteccionismo y aperturismo, siendo este último algo que podría alterar el destino de la nación de manera permanente. Y es en este punto en el que la invisible mano del autor se deja entrever más; en la mayoría de casos que se han dado en la Historia, el aperturismo económico ha dado mayores beneficios de toda índole que el proteccionismo, creando así naciones más dinámicas y fuertes, pero sin duda muy necesitadas de recursos económicos. Cuando la obtención de esos recursos no puede garantizarse por la vía comercial, siempre se ha recurrido a la militar y, de haber sido Islandis un país real, tras su negativa al aperturismo, no habría habido fuerza en el mundo que la hubiera salvado de las superpotencias de la época, las cuales no se habrían pensado dos veces forzar el aperturismo por las bravas. No obstante, este asunto, más que un posible fallo de perspectiva del autor y de una endeble contextualización en la época, es prueba de la pasión con la que Wright quería defender su creación.

Una vez comprendida la idiosincrasia de Islandis como país, está el otro elemento importante, que es la historia de John Lang. Viendo que las fechas de su graduación de Harvard (y de su viaje a Islandis) coinciden con las de la graduación del propio Tappan Wright, el paralelismo entre ambos se hace evidente: el viaje de Lang es el vector de la exploración de Islandis que emplea Wright; un recurso mucho más íntimo de lo que podría dar a entender una mera enciclopedia.

Pero ello plantea otra cuestión: ¿qué vino primero, Islandis como país o la aventura de John Lang? Ambos aspectos son esenciales, pero autónomos.

La historia de Lang empieza con su nombramiento como cónsul en Islandis. En su nuevo puesto, su tío, la encarnación del espíritu americano industrialista y emprendedor, le encomienda la misión de establecer relaciones comerciales en el país, entroncando así con el debate abierto allí entre aperturismo y proteccionismo. A simple vista, este parece ser el eje de la acción de la novela; pero resulta pronto evidente que esa dicotomía a la que se enfrenta Islandis no es sino un medio para un fin mayor: el arco narrativo de John Lang y de su viaje espiritual.

El protagonista de la obra llega con la misión de establecer relaciones comerciales con Islandis, para beneficiar en última instancia a su tío y a su camarilla, pero lo que hace

es más bien tejer relaciones muy personales e íntimas para sí mismo.

Asistimos a largas travesías, varios amoríos y desilusiones, y, finalmente, al advenimiento de un nuevo hogar. El arco de John Lang toca todas las facetas de la vida, y tanto así que resulta evidente que Wright empleó vicariamente a Lang para introducirse él mismo en su creación.

Pero ¿por qué crear un mundo? Pues precisamente para hacerlo suyo, para habitarlo, para fundirse en y con él.

Uno crea un mundo imaginario para dar respuesta a sus inquietudes. Es cierto que en los mundos imaginarios de la literatura siempre suelen verse patrones y arquetipos similares, presentes tanto en la ciencia ficción como en el género de la fantasía, pero cuando nos topamos con una obra tan íntima como *Islandis*, una obra a la que se le ha dedicado tanto tiempo y esfuerzo, descubrimos algo más, algo que subyace en las primeras capas del análisis, una parte oculta, inefable, del paisaje de la psique humana: el arquetipo del ideal del hombre con su parcela de tierra, siendo esta la fuente de su sustento, pero también su cuna, su techo, su lecho y su sepulcro.

Este sentimiento estaría presente en toda la humanidad y se refleja, en mayor o menor medida, en obras lejanas unas de otras, tanto en el tiempo como en el espacio; desde Horacio, Virgilio, Tolstói, Thoreau, Tolkien, Ayn Rand, Chinua Achebe, René Barjavel, etc. Todos ellos incorporan ese mis-

mo elemento en algún momento de sus obras como noción de ideal de vida —o puro refugio—, un ideal que ha estado presente en el devenir del alma humana.

Se podría comparar la vida urbanita de Wright con el entorno rural de su obra —pocas profesiones hay que puedan ser consideradas más de ciudad que la de jurista y profesor de universidad—, pero una lectura en más profundidad revela otras dos nociones encontradas: el cambio frente a la constancia.

Estados Unidos se ha caracterizado desde su fundación por ser el avatar del cambio, del progreso y del avance tecnológico. Así pues, Islandis representa el *summum* de la constancia temporal, el deseo de que el individuo no se alce por encima de su lugar en la naturaleza, y se limite a abrazar esa dimensión telúrica más sencilla y, sobre todo, libre de las infinitas necesidades (y necedades) que abruman la vida del hombre moderno.

En el plano del subconsciente, Wright debió de sentir la llamada de aquel arraigo por la «sencilla» vida silvestre que proporciona el campo, supiera o no de primera mano la dureza que esa vida acarrea. Esta temática va a revestir un carácter de prisma en cuyas caras van a resaltar lo estético, lo moral, lo filosófico, lo político, lo ecológico, etc., temas todos ellos que, agrupados y ordenados, representan al fin y al cabo la marca inmarcesible del pensamiento humano.

Islandis no es del todo una utopía (a pesar de su filosofía del amor no sexual, de la amistad indestructible y de la lealtad infinita), tampoco es meramente un mundo de fantasía, ni un tratado en contra o a favor del aperturismo comercial y político, sino que es un refugio para aquellos que, sintiéndose abrumados por un mundo en el que se sienten extraños, buscan sentir una vida que, a pesar de su inmisericorde crudeza, marcada por los inexorables caprichos de la naturaleza, rebosa de un atávico atractivo que ha enamorado el alma humana desde su génesis.

Islandis nos muestra la perpetua necesidad de nuestra especie por sentir el crujir de nuestra espalda, los callos en las manos, el sudor en la frente, la incertidumbre por el estado de nuestras cosechas o la salud de nuestro ganado y, en resumidas cuentas, la comunión con una forma de vida que, aunque obsoleta, si se llegara a olvidar, supondría la irremediable pérdida de una parte muy importante de nuestro ser y devenir, una parte que nos provee de la perspectiva necesaria para no dar por sentados e irreversibles todos los nuevos modos de vida que hemos creado; una parte que estará siempre en nosotros, pues la hemos desarrollado durante decenas de miles de años a lo largo de la evolución de nuestra especie.

Ese sería tal vez el verdadero motivo de la confección de *Islandis*; la nostalgia de un futuro ya imposible, el deseo de un docto jurista de la gran ciudad por imaginarse a sí mismo

durante su juventud —antes de decidir el camino que tomaría su vida adulta—, en un sitio donde esa digna dimensión humana fuese exaltada y respetada a ultranza. Dicho deseo quedará plasmado en la trama de la novela, en la que el joven Lang debe aprender a pausar su existencia al ritmo de la naturaleza y poder realmente apreciar ese otro estilo de vida, tan distinto del frenético ir y venir de su país de origen.

Islandis es, en definitiva, un homenaje al espíritu humano, a su capacidad para enfrentarse a la adversidad, y, en última instancia, trascender nuestras limitaciones: ser más que la suma de nuestras partes y facetas, cristalizando en nuestro ser el largo bagaje de nuestros ancestros.

GORAN G. GALLARZA

«ISLANDIS ES UN LIBRO ÚNICO, brillantemente concebido y brillantemente ejecutado que se lee con ÁVIDA EMOCIÓN» - THE NEW YORKTIMES

«Producto de la época moderna, Islandis está animada principalmente por el deseo de escapar completamente del MUNDO REAL. Intenta que esa evasión sea tan detallada, tan palpable, que SUPERE LA REALIDAD. También intenta analizar (y soñar soluciones) las presiones que han hecho que la huida sea tan deseable» - TIME MAGAZINE

«Como un acto obsesivo de CREACIÓN de un mundo, imaginado con todo detalle, con ERUDICIÓN, denso, MINUCIOSO, es difícil encontrar algo comparable que no sea la TIERRA MEDIA de J. R. R. Tolkien» - THE NEWYORKER

CÓNSUL ELECTO DE ISLANDIS

ALLÁ POR 1901, era costumbre en Harvard que los estudiantes más veteranos entretuvieran a los del primer año, durante las noches *cerveceras*, sirviendo galletas saladas con queso y cerveza a aquellos que bebían, y *ginger ale* a los que no. Fui invitado a una de estas reuniones, y acudí acompañado por una selección aleatoria de mis nuevos compañeros de clase. Sin embargo, por muy parecidos que les hubiéramos resultado a los estudiantes más curtidos, estábamos convencidos de nuestra propia heterogeneidad, y, pese a gozar todos nosotros de ambiciones sociales, temíamos ser vistos o asociados con la persona equivocada. Asimismo, aceptábamos la idea de que la universidad era una de las tradiciones más importantes en la vida, junto con el espíritu común de la clase, y, además, éramos conscientes del hecho de que este

sentimiento era compartido por los grandes hombres. Esto nos provocaba un conflicto interno del que, tanto nosotros como nuestros anfitriones, no nos dábamos cuenta. Así pues, desconociendo nuestras similitudes naturales, todos estábamos igual de cohibidos.

Un muchacho joven, con gafas, estaba hablando conmigo entusiasmado, cuando me reveló que se había graduado en un instituto local. Le di esquinazo y me di cuenta de que estaba mucho peor visto aparentar no conocer a nadie que el hecho de ser visto con la gente equivocada. Deseé no haber ido.

No obstante, había otro hombre que se encontraba en un apuro similar al mío. Era alto, casi llegaba al metro noventa y tenía una complexión robusta y un rostro demasiado cuadrado, rojo y duro como para que se le pudiera considerar guapo, y, pese a todo, el hombre, con sus magníficas cejas arqueadas, llamaba la atención. Su cabello castaño era espeso y parecía casi negro de noche, y peinaba la raya justo en el medio. Los ojos eran pardos y relucientes, y la prominente barbilla delataba un leve hoyuelo bajo una boca señorial. Puesto que el joven tenía el porte de un atleta y su ropa era de buen corte, no me provocaba ningún rechazo, así que me atreví a hablar con él.

Su voz era grave y penetrante, y, aunque sonaba inglesa, se caracterizaba por una marcada y articulada pronunciación

de cada letra. Tan extraño resultaba que me hacía sentir incómodo.

—¿Qué tal? —le pregunté—. ¿También es tu primer año?

—Dorn —contestó—, me llamo Dorn. Y sí, es mi primer año.

—Yo soy Lang.

—Lang —repitió y sonrió, mostrando unos dientes muy blancos—. Es como uno de nuestros nombres. Me resulta difícil aprenderme muchos de los vuestros.

—¿No eres americano? —pregunté, y añadí, esperando agradarle—: Pues lo pareces.

—No, soy de Islandis.

Su voz, aun sin elevar el tono, llenó la habitación. Se hizo el silencio y muchos rostros se volvieron en nuestra dirección. Ninguno de nosotros conocía a nadie de aquella nación. Sabíamos que se hallaba frente al Antártico, al lado del subcontinente de Karain, en el hemisferio sur, y que estaba habitada por una extraña raza de caucásicos, con posibles tonos oscuros debido al mestizaje; que esos hombres eran paganos y hostiles a los extranjeros, y que habían echado a los misioneros que se habían asentado ahí en los años cuarenta del siglo anterior; que los libros de geografía de las escuelas les habían dedicado únicamente unas escuetas líneas, ya que estaban gobernados por una oligarquía campesina, pues la

sociedad era predominantemente agraria y primitiva y, además, carecía de comercio exterior.

Con tanta gente observándonos, no pude continuar hablando. Me quedé boquiabierto. Un halo extraño, diferente, envolvía a Dorn. Sin embargo, nuestro repentino silencio no parecía molestarle a él tanto como a mí. Se mostraba sereno y esbozaba una leve sonrisa.

Uno de los estudiantes veteranos, atraído por el timbre de su voz, le miró y se nos acercó. Nuestra clase estaba deshonrada, pues hasta el momento había habido muy pocos voluntarios para entrar en el equipo de fútbol americano de estudiantes del primer año. Este hombre, un atleta en toda regla, estaba a la caza de savia nueva. Sin preámbulos, le preguntó a Dorn si se había apuntado al equipo de fútbol. La respuesta de Dorn fue que este deporte le era completamente desconocido, y el otro le dijo que pronto tendría la oportunidad de aprender, y que alguien con su físico tenía la obligación moral, para con su clase y su universidad, de tratar de entrar en el equipo.

—No deseo jugar al fútbol este año —respondió Dorn.

—Esa no es excusa —contestó el estudiante veterano—.

Si tienes algún otro motivo, quisiera oírlo.

—No tengo otro motivo —comenzó a decir Dorn con su grave y clara voz. El estudiante mayor aprovechó que recibía la atención de todo el mundo para darnos una sesuda charla sobre nuestras obligaciones respecto a la clase y

la universidad, y todo ello con sumo esmero. Mientras este hablaba, Dorn dio las buenas noches y, con aparente despreocupación, salió de la habitación del estudiante en la que en ese momento nos encontrábamos.

Aun sin llegar a estar en desacuerdo con nada de lo que el estudiante veterano había dicho, me dio la impresión de que este había presionado a un hombre que, a fin de cuentas, no dejaba de ser un extranjero. Y cada vez que veía a Dorn, me afanaba en saludarle con la cabeza, siguiendo la aséptica costumbre que corría por aquellos días en Harvard entre la gente del primer año, pero nunca hablé con él.

Sin embargo, después de Navidad, cuando el tema del fútbol quedó olvidado, me di un inaudito y excitante capricho; es decir, un solitario paseo; y coincidí con Dorn. También estaba solo y paseaba dando grandes zancadas por Fresh Pond.

Me sonrió, y yo vacilé. Dorn era un compañero de clase a quien no había tratado con la debida cordialidad. Volvimos juntos al campus, y así comenzamos a conocernos.

Hablamos un poco sobre las asignaturas que habíamos cursado, y también de la ocasión en la que nos conocimos; le dije que lamentaba la manera en que el estudiante veterano le había hablado. Dorn estaba tan callado que me pregunté si le habría ofendido, o tal vez había sacado un tema que le preocupaba.

—¿Pero acaso no transgredí vuestras costumbres? —preguntó.

En mi respuesta traté de justificar al estudiante veterano, cuya actitud era compartida por muchos, y asimismo añadí que, pese a que lo que había dicho era aceptable, ello no impedía que yo opinara que cada cual tenía derecho a decidir en temas de deportivos.

—Entonces, ¿no consideras que he obrado contrariamente a vuestras costumbres americanas? —dijo otra vez.

Era una pregunta extraña.

—No has hecho nada malo —respondí.

—No, claro que no —contestó Dorn casi enfadado.

—Desearía que te hubieran dado la oportunidad de explicarte —dije—, así nadie te culparía de nada. Pero lo único que dijiste era que no querías jugar al fútbol.

—¿Acaso eso no bastó para dar a entender que tenía motivos?

—No del todo —respondí.

—Mis motivos... te los diré a ti.

Me explicó lo difícil que le resultaba el trabajo que tenía que hacer, y el consecuente poco tiempo libre que le quedaba; que había venido a América con el fin de aprender sobre su civilización y costumbres y que, en su opinión, la mejor manera de hacerlo era a través del estudio. Le respondí que aquella era una manera muy limitada de ver las cosas.

Y así, pasamos de solo conocernos a entablar una amistad. Hubo ocasiones en las que no nos entendíamos, pero llegamos a descubrir que, charlando el tiempo suficiente, podíamos estar cómodos el uno con el otro.



En verano Dorn se fue a Inglaterra para reunirse con un primo lejano que estaba estudiando en Oxford. Nos volvimos a encontrar en otoño, y me dijo que iba a seguir mi consejo y no se limitaría solo a estudiar, sino que se iba a apuntar a algún deporte. Como jugador de fútbol americano, Dorn era muy rápido; gozaba de una perfecta

coordinación muscular y era sumamente fuerte, amén de inteligente. Disputó su primer partido a finales de octubre. El *Harvard Crimson* describió su juego como «rudo, pero poderoso», mientras que los entrenadores no cabían de gozo en sí. Jamás se lesionaba y nunca lo tuvieron que retirar del campo. Jugó como defensa durante tres años y fue el hombre más fuerte de nuestra línea. Era considerado por nuestros rivales como un salvaje, pero se sorprendían al comprobar que siempre hacía un juego limpio. Se tomaba el fútbol como un pasatiempo, asegurándose de no codearse solo con atletas, y

sacaba siempre tiempo para compartir largos paseos y charlas conmigo. Era la antítesis del atleta. Dorn comenzaba a hablar poco a poco de Islandis, aunque el grueso de las conversaciones se centraba en América y en sus problemas. Historia y Economía eran sus asignaturas principales; Lengua y Literatura, las mías. Era sumamente ignorante en cuestiones fundamentales, y yo le resultaba muy útil en sus propios campos de estudio.

Compartimos habitación durante el primer año, junto a dos estudiantes con los que también entablamos amistad. Aquel fue un año muy feliz para mí. Gocé de cierto éxito literario, tuve muchos compromisos sociales y no excesivo trabajo.

A principios de primavera, Dorn comenzó a mostrar síntomas de morriña. Solía suspirar muy hondo, llenando los pulmones como si tratara de hacerlos estallar, y luego procedía a golpear el pecho con el puño, como si este fuera un tambor, sin dejar de sonreír. Yo me sentía igual de raro. Llamaba yo a aquello mala fiebre de primavera, una expresión que a Dorn le agradaba, pero que matizaba diciendo que era fiebre del terruño. Solía preguntar si había granjas en los Estados Unidos a las que la gente de la ciudad pudiera ir. Recordé la pequeña granja de mi tía en Adams, junto a Berkshire. Ella siempre me pedía que fuera a visitarla, así que Dorn y yo pasamos allí un largo fin de semana.

La tía Mary era mordaz y directa, pero sus opiniones eran más afiladas que sus actos. Sus modales no dejaban de confundir a Dorn. Nada más llegar, se ofreció a trabajar para ella, y la tía se lo tomó como la broma de un «chico de universidad». Pero, para poner a prueba la sinceridad del ofrecimiento de Dorn, le encomendó la tarea de cortar leña. Él la cumplió con rapidez y volvió a por más. Fue entonces cuando la tía comprendió que Dorn quería realmente trabajar. No tardó en compartir con él todos sus problemas del campo, y este, a su vez, la fue aconsejando. Cuando regresó a la casa, estaba tranquilo y silenciosamente feliz, aunque también se sorprendió cuando la tía Mary le dio un beso y le dijo que, seguramente, de seguir sus consejos, su granja quedaría arruinada. Esto dejó preocupado a Dorn, hasta que le expliqué en qué consistía el sentido del humor de los habitantes de Nueva Inglaterra.

Al llegar el verano, Dorn se fue a hacer una ronda de visitas, pues se había convertido en uno de los tipos más populares de la clase. En cuanto a mí, me sentía intranquilo con respecto a mi futuro. Habiendo acabado los trabajos universitarios en tres años, ponderé la posibilidad de cursar otro año de Literatura y trabajar como profesor, o ir a la Facultad de Derecho. Ninguna de las dos posibilidades me terminaba de convencer.

En agosto, Dorn y yo nos encontramos en Portland y decidimos alquilar una balandra y bajar por la costa de

Maine. Durante seis meses viajamos de aquí para allá. Dorn se sentía como en casa gobernando un barco que navegaba hacia el este. Las aguas estaban en calma, cubiertas por la bruma y un viento que arrastraba humos. Nos tostamos al sol hasta adquirir un saludable tono marrón, y nos calamos bajo las lloviznas, las brumas y los diluvios. Tocábamos tierra únicamente para reaprovisionarnos y estirar las piernas, satisfechos de lo que nos daba el mar. Toda aquello me puso de un humor que me resultaba de lo más extraño..., como si estuviera viviendo algo inconmensurable, pero con los sentidos alegremente embotados como para entender qué ocurría. Cuando los sonidos del viento, las olas o el crujiir del mástil cubrían mi voz, cantaba a viva voz las últimas estrofas de alguna canción, mientras Dorn permanecía tumbado, entre la brazola de barlovento y el barandal, tarareando sus propias extrañas melodías en un tono bajo pero rugiente como el mar. Me embargaban repentinos e inesperados calofríos de emoción. De tanto en tanto, el mar se quitaba su máscara veraniega y nos mostraba su rudo rostro, pero no me importaba. Mi vida me parecía muy pequeña. Me sentía satisfecho, pero, a la vez, estaba a punto de caer en una frenética ansiedad.

A veces pasábamos horas en completo silencio, pero a menudo hablábamos con pasión, mientras nuestros pensamientos brotaban a tanta velocidad que parecían querer

adelantar al habla. En primera instancia yo era el egoísta que exponía su yo más recóndito como nunca antes lo había hecho con nadie, y percibía en Dorn una cálida compasión y un frío juicio. Finalmente, acabé sintiéndome mal por haber aireado mis trapos sucios delante de él. Cuando le llegó el turno de hablar, Dorn mostró un carácter más impersonal, a diferencia del mío. No necesitaba hablar de sí mismo. Optó por hablar de su país.

Al parecer, su primo, el joven Mora, que actualmente vivía en Oxford, era el hijo de un líder político de Islandis, también llamado Mora. El padre, Mora XXV, era poderoso e influyente. Sus teorías, al igual que las de sus ancestros, se oponían a las de los Dorn, y, a lo largo de los siglos, hubo confrontaciones entre las dos casas. Sin que Dorn llegara a decirlo explícitamente, deduje que le preocupaba que pronto hubiera otro enfrentamiento.

Desde los albores de la historia de Islandis, la nación había estado bajo constante amenaza y, en ocasiones, sus habitantes habían sido sometidos por las gentes del norte; una población de negros primitivos y salvajes asentados en una franja costera perteneciente a gentes más civilizadas llamadas karanianos, unos mestizos de negros y colonos árabes que se habían establecido allí después de la Hégira. Hasta hacía poco, los karanianos eran los más temidos, pero durante los últimos cincuenta años estos habían sucumbido a la

influencia inglesa, francesa y alemana, y sus miembros más radicales se habían visto forzados a ir al interior del continente para poder organizar a los negros y causar problemas. La política exterior de Islandis había sido de defensa y autopreservación. En ocasiones, sus límites se habían expandido más allá de las fronteras naturales, pero siempre habían acabado por quedarse detrás de su barrera montañosa. El permanecer dentro de esas fronteras era la posición política de Dorn. Sin embargo, últimamente Mora se había embarcado en la empresa de atacar a los negros y a sus líderes karanianos, en una gran campaña que acababa de entrar en su segundo año y que avanzaba decididamente hacia el éxito. Dorn siempre tenía este conflicto en mente, en parte por los muchos amigos que estaban involucrados en la perniciosa guerra y también por las insospechadas consecuencias políticas que dichas acciones bélicas podrían traer consigo. La complejidad del conflicto radicaba en el hecho de que la nación por la que Mora hacía transitar sus tropas estaba siendo estudiada por los codiciosos alemanes. Yo no terminaba de entender qué era lo que le tenía tan afectado.

—Los contactos políticos suelen ser desacertados para nosotros —dijo.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le pregunté—. Ninguna de las más fuertes potencias europeas invadirá Islandis.

—No le temo a la guerra —respondió—. Lo que temo es que Mora y sus seguidores cambiarán aquello que somos ahora, y no podremos evitarlo por culpa de sus contactos políticos.

Una observación tan vaga como aquella era, me dio la impresión, la consecuencia de miedos de lo más irreflexivos; a fin de cuentas, ¿no están todos los países sometidos a cambios? ¿Acaso no es el cambio inevitable? ¿Y acaso no es el cambio señal de progreso?

—Eres un conservador empedernido —le dije.

Dorn se quedó pensando un rato.

—Por supuesto —contestó, con un leve timbre de sorpresa en la voz, y después sonrió, se estiró hasta alcanzar su máxima estatura y sumó su hondo tarareo al rugir del mar.

A menudo, Dorn sentía la necesidad de hablar su lengua natal y me recitaba en voz alta versos sin rima, pero de marcado ritmo, o fábulas que iba traduciendo sobre la marcha. Así fue como conocí a Bodwin, un escritor del siglo XIV. La universidad había agudizado mi sentido para la literatura, y por ello había desarrollado el gusto por todo aquello que fuera nuevo y diferente. Anhelaba poder leer a Bodwin en su lengua original. Saber sobre él me daría muchos puntos frente a mis compañeros, puesto que no lo conocían. Esto me llevó a preguntarme si podría llegar a aprender el idioma islandiano.